LOS MAESTROS FUNDIDORES CANARIOS EN VENEZUELA

POR

CARLOS F. DUARTE

La fundición ocupa un lugar destacado entre las artes industriales y, en concreto, la participación de los canarios en su desarrollo en el mundo venezolano merece especial atención.

El primer fundidor de que se tenga noticia se estableció en Coro y se llamaba Pedro López de Quiroga. En 1623 se hallaba encargado de la fundición de las campanas para la Catedral que entonces se estaba construyendo. Pidió al Cabildo eclesiástico algunos materiales que necesitaba para hacer el molde: «una arroba de sebo, una botijuela de vinagre, media libra de cera blanca, seis reales de güevos». No se sabe si este fundidor permaneció allí pero es posible que así lo hiciera. En el Museo Diocesano de Coro existe una campana pequeña que perteneció a la hacienda de Caujaro que bien pudiera ser obra suya y la cual tiene la siguiente inscripción: «SOLI-DEO GLORIA 1679». Coro fue la sede de los poderes reales y eclesiásticos hasta 1637, cuando fueron trasladados a Caracas por orden del Rey.

Para mediados del siglo XVII no existía fundidor alguno en la desolada Caracas, que había sido arruinada por el terremoto de 1641 y las pestes que le sucedieron. Las tres campanas que tenía la primitiva Catedral estaban quebradas y quizá habían sido hechas por un fundidor ambulante. El cabildo decidió fundirlas de nuevo y en 1653 buscaron a un artesano que estaba «tierra adentro» y al cual le dieron todos los materiales para hacerlas.

Este último vino expresamente a Caracas y dijo que cobraría cuatro reales y medio por la libra que fundiese, conviniendo en recibir su pago, mitad en moneda mejicana y la otra mitad en monera antigua. Varios problemas tuvo este anónimo campanero en este trabajo, ya que en enero siguiente el cabildo anotaba que había fundido la campana mayor pero que durante el proceso se le había helado «el metal que había de correr para las asas», por lo que tendría que volverla a hacer. En atención a esto y para que el fabricante no perdiera tanto en eso, acordaron que sólo «perdiera la ocupación de sus manos» y que la iglesia le volviera a dar otros materiales [1]. Todo esto refleja lo primitivo de su equipo y su impericia en el oficio. Los problemas que se presentaban entonces sólo eran de esta índole. En la misma fecha el cabildo se quejaba de que una campana que se había comprado en el Puerto de La Guaira no había llegado, a pesar de que se le había enviado 20 pesos al doctrinero de Maiquetía para que pagara a unos indios que la trajeran, pero estos se habían negado a hacerlo [2].

El primer maestro de esta especialidad en Caracas se encuentra doce años después y quizá era el mismo que años antes se hallaba «tierra adentro». Su nombre era Pedro de Lugo e hizo la campana de San Bernabé [3] para la Catedral y a un costo de 500 pesos. Para hacerla compró 26 arrobas y 13 libras de cobre ligado, a 5 reales libra, añadiéndose el metal de la que se había quebrado y el de un esquilón pequeño. El Cabildo propuso, al año siguiente de 1666, hacer dos campanas más. Una de 24 quintales y la otra de 16. Se decía que el capitán Francisco Marín de Narváez tenía el material necesario y que debía resolverse el asunto cuanto antes, a causa de que el fundidor estaba a punto de ausentarse. Aunque las actas no dicen su nombre éste debía ser el mismo don Pedro de Lugo, el cual seguramente iba a atender otros pedidos en otro lugar.

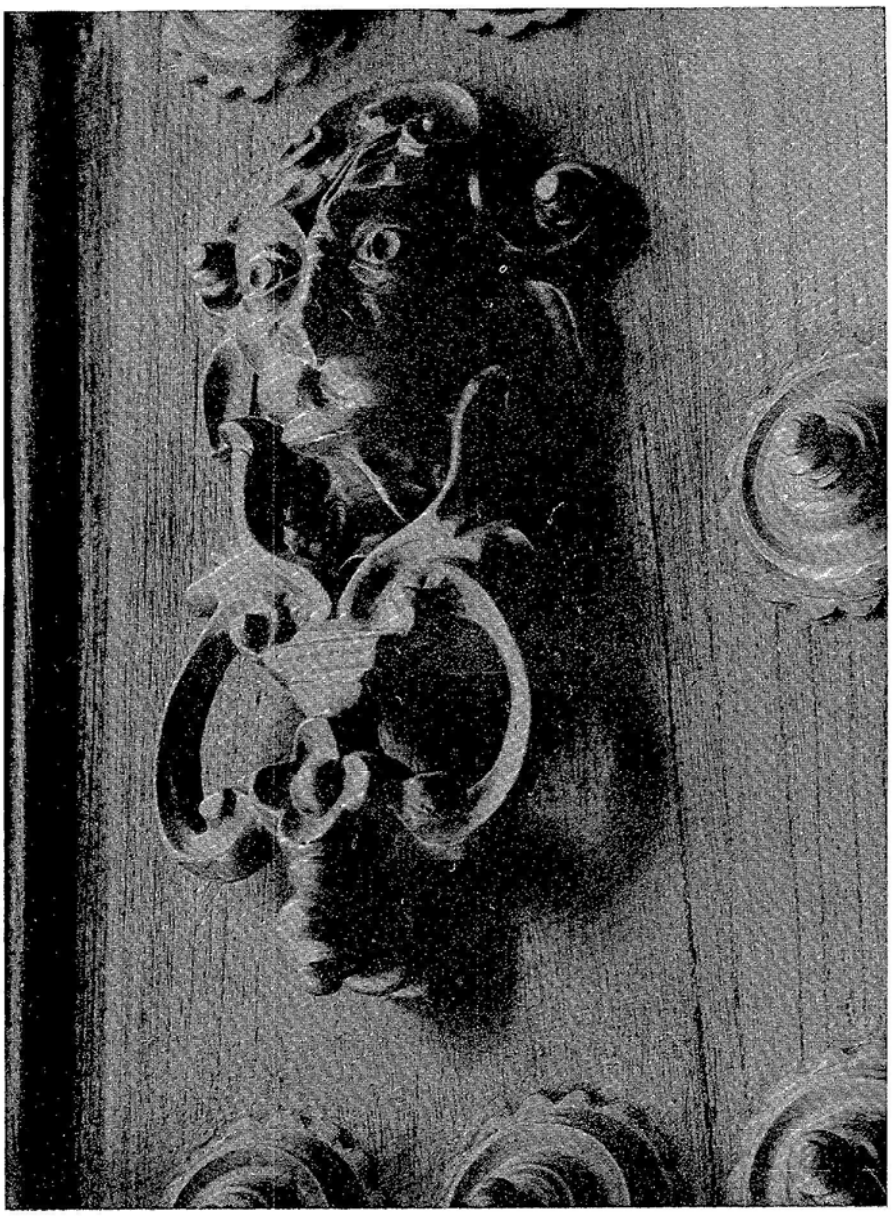
Ya para la primera mitad del siglo XVIII habían tres fundidores establecidos en la ciudad. Don Tomás Sánchez de Palacio era uno de ellos y procedía del lugar de Guermes de la Remienda. En 1738 fundió dos campanas que aún existen, dedicadas a Nuestra Señora

[1] ACE, Libro III, fol 20

[2] ACE, ídem.

[3] Llamada así para invocar protección contra los terremotos, por haber ocurrido uno en 1641 en su día

Mascarón, bronce fundido y cincelado. Encontrado en el Estado *Yaracuy* (mediados del siglo XVIII). Colección del Banco Central de Venezuela.



Mascarón y llamada del portón de la casa de don Martín Pérez de Aristeguieta. De Gradillas a San Jacinto (mediados del siglo XVIII). Hoy colocados en el portón de la casa donde nació Simón Bolívar.—*Caracas.*

de la Soledad, ambas firmadas y fechadas, y con algunas oraciones. Las mandó hacer el padre guardián del Convento de San Francisco fray Francisco Bélez. Actualmente se hallan en una espadaña ornamental en frente de la Basílica de Santa Teresa. Cinco años más tarde hizo, por orden del cabildo eclesiástico, dos campanas para la Catedral a un costo de 120 pesos.

Sánchez fue regidor de la ciudad y en 1741 otorgó un poder a su hermano para que procediera a la partición y división de los bienes que quedaron en España por muerte de sus padres.

Contemporáneos de Sánchez de Palacio fueron Juan Bartolomé Santana y Félix José Olivares sobre quienes se tienen muy pocas informaciones. Santana hizo unas quicialeras y una llave para la Catedral y Olivares hizo unas tapas de cobre para los tarros de los Santos Oleos para el mismo templo.

A mediados del siglo XVIII se establecieron en Caracas varias familias de las islas Canarias. Bien conocida es la influencia que este importante grupo humano ejerció en los distintos aspectos de la vida durante la época hispana. Por ejemplo, en el campo de la ebanistería es notable el nombre de Domingo Gutiérrez, oriundo de La Laguna, isla de Tenerife, por sus aportes en el conocimiento y evolución del estilo rococó. El pintor y escultor Juan Pedro López, hijo de isleños, también dejó importante huella e influencia con sus obras. En el campo de la fundición se destacaron José Rodríguez Olivera y Luis Antonio Toledo, ambos oriundos de La Laguna. También es de subrayarse la importancia de Domingo Ubaldo Pérez, quien también era hijo de canarios y cuñado de Toledo. Los tres tenían sus talleres en el barrio de Nuestra Señora de la Candelaria y a menudo trabajaron juntos.

José María Rodríguez Olivera

José María Rodríguez Olivera nació, como se dijo, en La Laguna, siendo hijo legítimo de don Valentín Rodríguez Oliveros [4] y de doña Agustina Domínguez. La fecha de su llegada a Caracas debe haber

[4] Se observan varias diferencias en los documentos, sobre la forma de escribir el apellido Olivera. Unas veces aparece como Olivera, otras como Olivero, otras como Oliveros.

sido poco antes a su matrimonio, celebrado en la iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria, el 28 de enero de 1758, con doña Catarina Antonia García. Cierta prisa debió correr en la celebración de este enlace pues el 5 de agosto de ese año nació su primer hijo, llamado José Antonio. Siete más le siguieron, dos de los cuales murieron en la infancia. Juan Antonio fue el único en seguir los pasos de su padre.

Su situación económica fue ascendente a medida que transcurría su vida. Cuando casó, ni él ni su mujer aportaron bienes de fortuna y cuando lo hicieron dos de sus hijos, no les dio cosa alguna a causa de su pobreza. Sin embargo al momento de redactar su testamento se ve que había logrado reunir ciertos bienes con el esfuerzo de su trabajo. Durante su actividad también hizo varios avalúos para diversas testamentarías. Uno de ellos fue para la de doña María Domínguez, madre del pintor Juan Pedro López, entre cuyas familias debían existir grandes lazos de amistad. José Rodríguez Olivera, a quien a veces se le llamaba simplemente José Olivera, trabajó en distintas épocas para la Catedral de Caracas y en colaboración con Toledo y Pérez. Para esa iglesia compuso una llave de cobre del aguamanil; fundió una campanilla, «la con que sale su divina magestad», y compuso dos más a las que hizo los badajos [5]. Como ya se sabe hizo también varias manillas o tiradores para los pies del ataúd en el que se velaban los cuerpos de los hermanos de la cofradía de San Pedro. En 1768, con motivo de la reconstrucción de la torre de la Catedral, dañada por el terremoto de 1766, hizo dos tambores para uno de los motones de los tornos, los cuales sirvieron para subir la piedra y demás materiales que se utilizaron en la fábrica. Al año siguiente fundió para la misma torre la campana llamada «Santus Deus», que pesó 2.055 libras, a un costo de 513 pesos 6 reales. En 1770 hizo dos más pequeñas por 387 pesos 4 reales, con los nombres de «Alavado Sea el Santísimo Sacramento Amén», y con peso de 36 arrobas, y «San Emigdio Ora Pro Novis», de 26 arrobas.

Para la iglesia de Nuestra Señora de Candelaria hizo algunas obras pero estas fueron muy pocas, quizá debido a un disgusto que tuvo con el mayordomo, el cual lo demandó en 1769 «por cobro de un poco de cobre». Sólo diez años después es cuando se le encuentra entregan-

[5] Siendo campanillas los badajos debían ser de cobre.

do para esta iglesia cuatro campanillas por valor de 8 pesos. Su último trabajo lo hizo para la Catedral en noviembre de 1787, es decir ocho meses antes de su muerte. Se trataba de la hechura de dos pesas de plomo con dos motones [6] correspondientes, de hierro, y sus rondanas [7] de metal para poner dos arañas de plata en los dos arcos que daban sobre las puertas laterales. El 12 de julio de 1788 se encontraba muy enfermo e hizo llamar apresuradamente al escribano público para otorgar su última voluntad. En ella pedía ser amortajado con el hábito de San Francisco y sepultado en la iglesia de Nuestra Señora de Altagracia, en el lugar destinado a los hermanos de la cofradía de Dolores [8]. Declaraba que don Domingo Ubaldo Pérez le era deudor de 29 pesos por obras que él le había hecho. En otra cláusula le legaba a su hijo Juan Antonio, una barra de buen servicio y la herramienta de su oficio, la cual tenía entremezclada con la suya. Especificaba que con el beneficio que sacara de esa herramienta debería pagar el alquiler de la casa a donde había vivido hasta entonces con sus hermanas solteras y a donde ellas deberían quedar. Tan grave estaba que no firmó su testamento. A los cuatro días falleció y su entierro se realizó según lo había pedido. Su hijo Juan Antonio le sucedió en el taller en donde estuvo activo hasta su muerte ocurrida en 1810.

Luis Antonio Toledo

La figura de mayor importancia de la fundición local fue la del maestro don Luis Antonio Toledo. Toledo nació en La Laguna hacia 1738. Fue hijo de don Pascual Toledo, quien también era fundidor, y de doña Juliana María Herrera. Quizá se estableció en Caracas al mismo tiempo que su colega Rodríguez Olivera. Casó en la iglesia de Nuestra Señora de Candelaria en 1767 con doña María del Rosario Pérez, hija de canarios y hermana del fundidor Domingo

[6] Garrucha o polea.

[7] Rodaja de plomo engrasada y agujereada en el centro que se utiliza para asiento de tuercas y cabezas de tornillos.

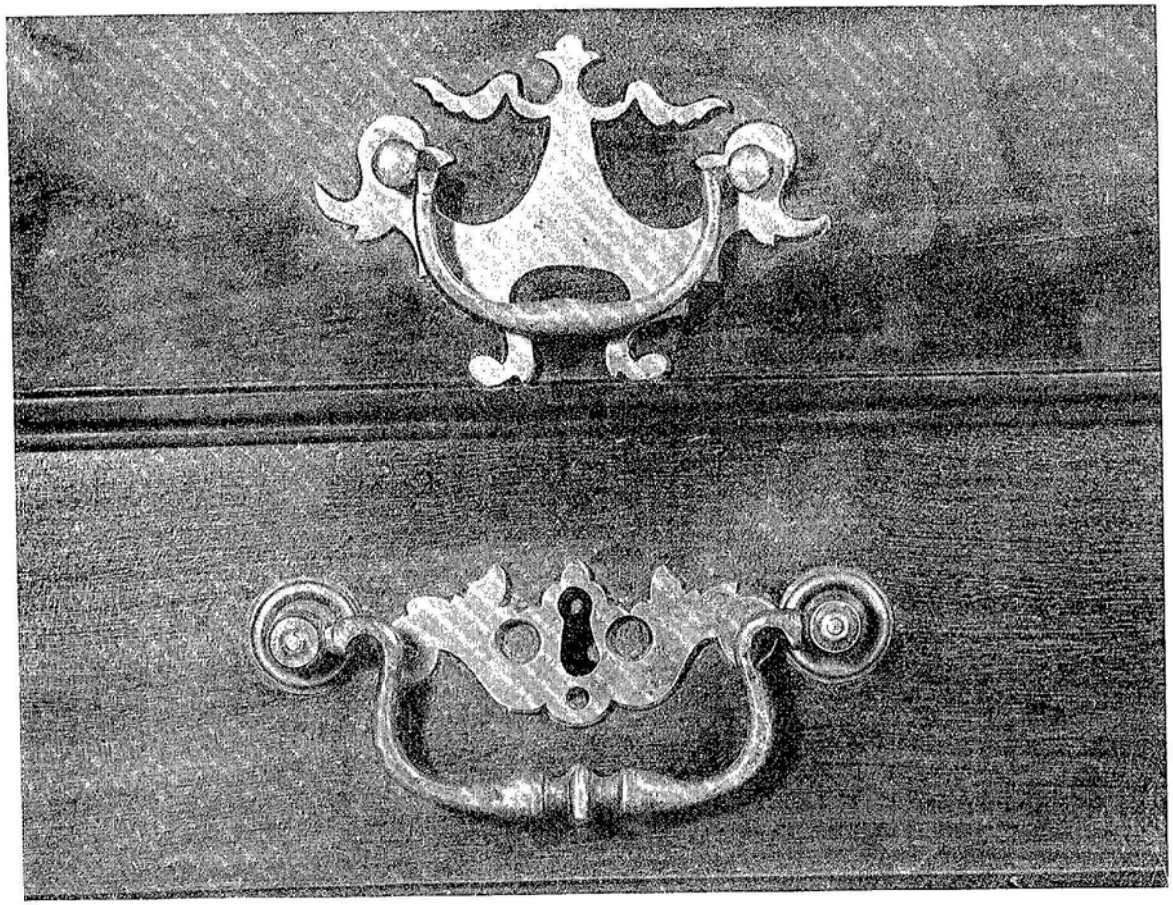
[8] La cofradía de Dolores situada en la iglesia de Nuestra Señora de Altagracia albergó en su seno a casi todos los artistas y artesanos de la época.

Ubaldo Pérez. De esta unión nacieron quince hijos, de los que sobrevivieron cinco. Uno de ellos, don José, y como ya se vio, fue un importante maestro, el cual llegó a ser más tarde Maestro Mayor de Fundición. Luis Antonio, al igual que su colega Rodríguez, no aportó bienes de fortuna a su matrimonio salvo alguna herramienta del oficio. Posteriormente compró una casa al corregidor del pueblo de Petare, situada en el barrio de la Candelaria. Seguramente la misma que habitó en la calle principal del puente Catuche al de Anauco (esquinas de Na Romualda a Manduca) y la cual lindaba con la que habitaba su cuñado Domingo Ubaldo. Años después compró un solar.

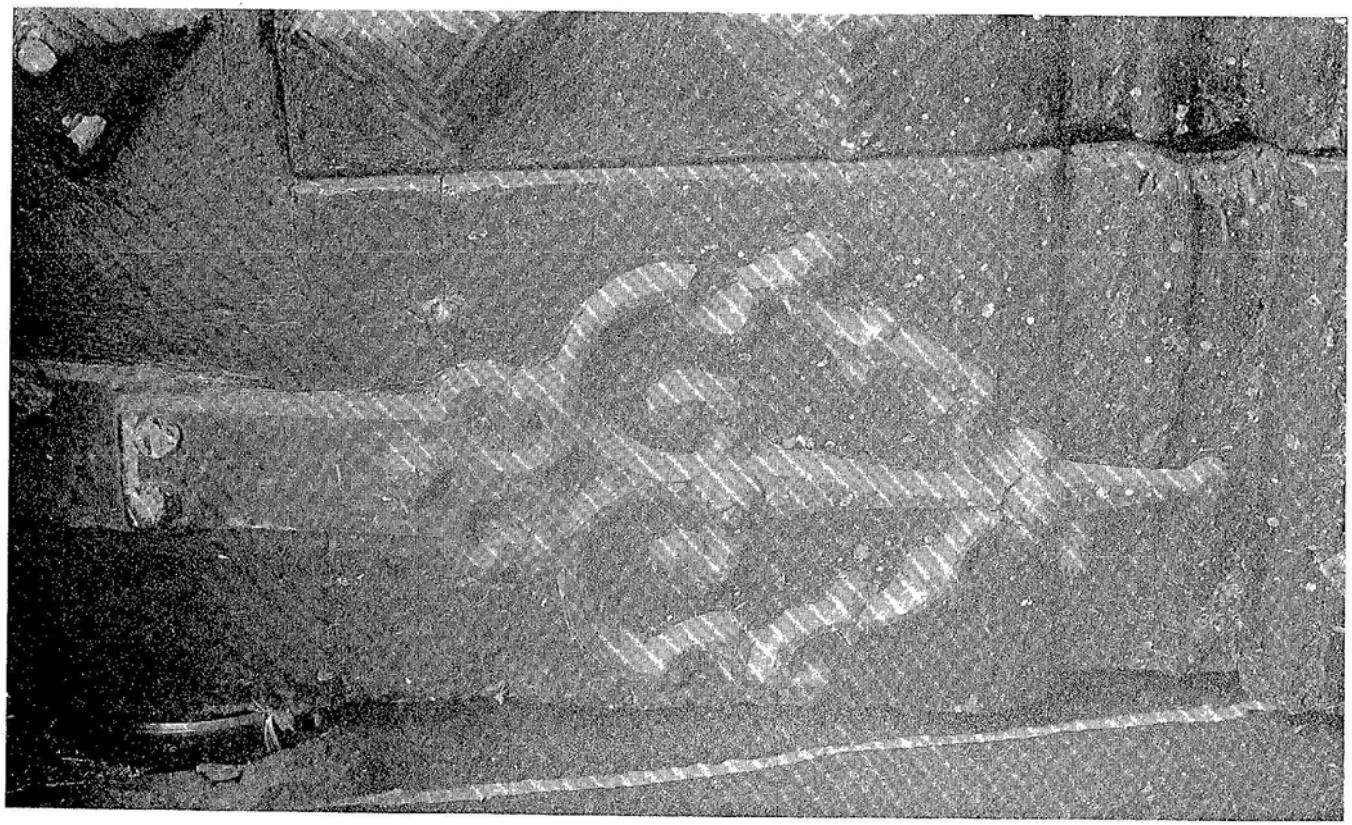
La figura de Toledo tiene especial relevancia por haber sido el autor de la estatua de la Fe, que aún remata la torre de la Catedral de Caracas. La importancia de este hecho no radica solamente en la identificación de una obra aún en existencia sino por ser la única de ese género y tamaño que se hizo durante la época. A todo esto debe sumarse el brillante nombre del pintor y escultor Juan Pedro López como autor del modelo que sirvió para su fundición. Su encargo se originó en 1768, a raíz de la reconstrucción de la torre de la Catedral que había sido dañada con el fuerte temblor de tierra ocurrido el 21 de octubre de 1766 [9]. La torre, que medía 150 pies de altura, tuvo que ser demolida hasta el primer cuerpo, por consejo del ingeniero Bartolomé de Amphoux. Por este motivo se bajaron todas sus campanas y se vio que tres de las medianas estaban rajadas y maltratadas, por lo que tienen que rehacerse. Estas fueron las que se le encargaron poco después al maestro José Rodríguez Olivera. Aunque las actas del cabildo eclesiástico no lo dicen, ha debido ser alrededor del 15 de abril de 1768 cuando surgió la idea de colocar como adorno del remate de la nueva torre una estatua de tamaño natural que representara a la Fe. Se haría de bronce, pintado y dorado, y estaría rodeada de ocho veletas de cobre. En realidad el hecho de que la estatua se hiciera de bronce no era por la belleza del material en sí, sino por efectos de durabilidad; ya que iba a colocarse a la intemperie y además iba a pintarse ocultando la identidad de su metal. Juan Pedro López hizo el modelo en barro, por cuyo trabajo cobró 20 pesos. A Toledo se le encargaron

[9] Véase Duarte, Carlos F. El autor de la Estatua de la Fe.

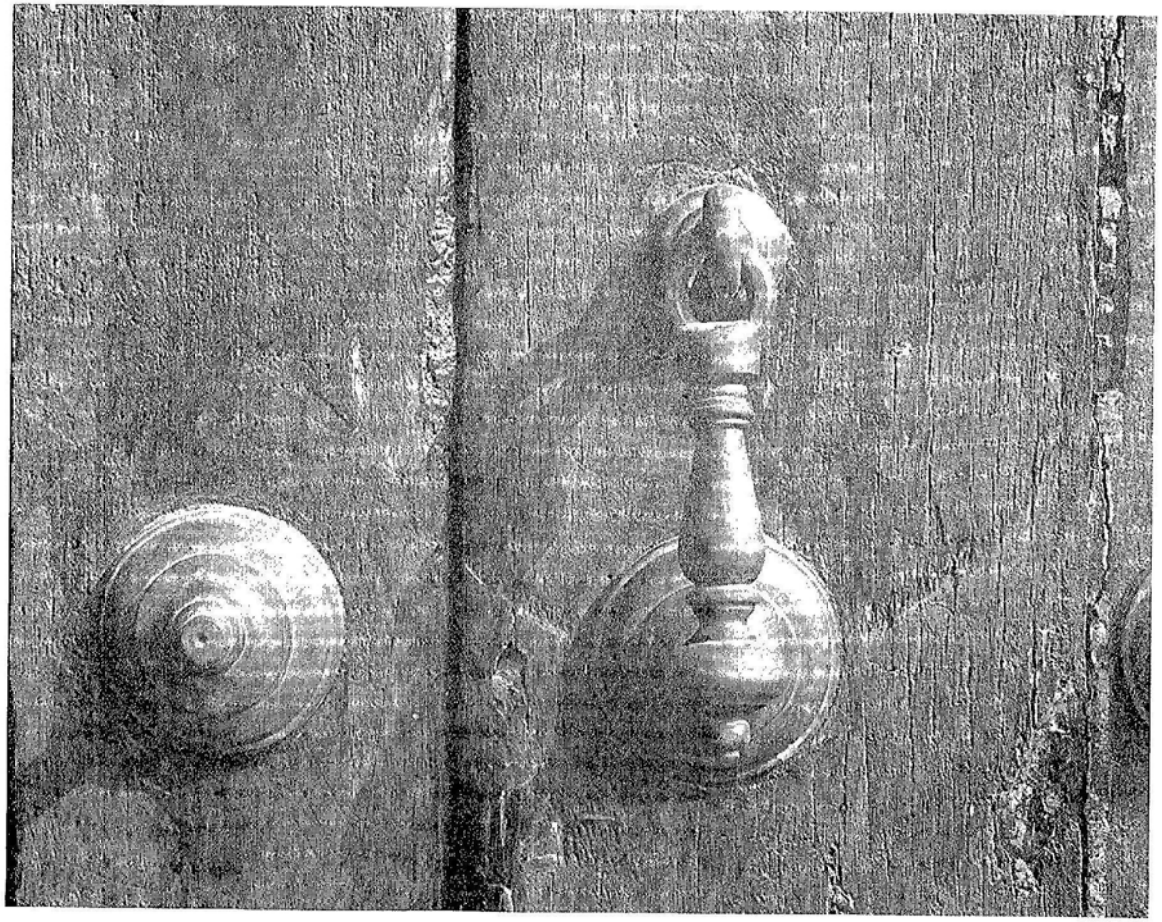
Cantonera de la Catedral de *Trujillo* (mediados del siglo XVIII).



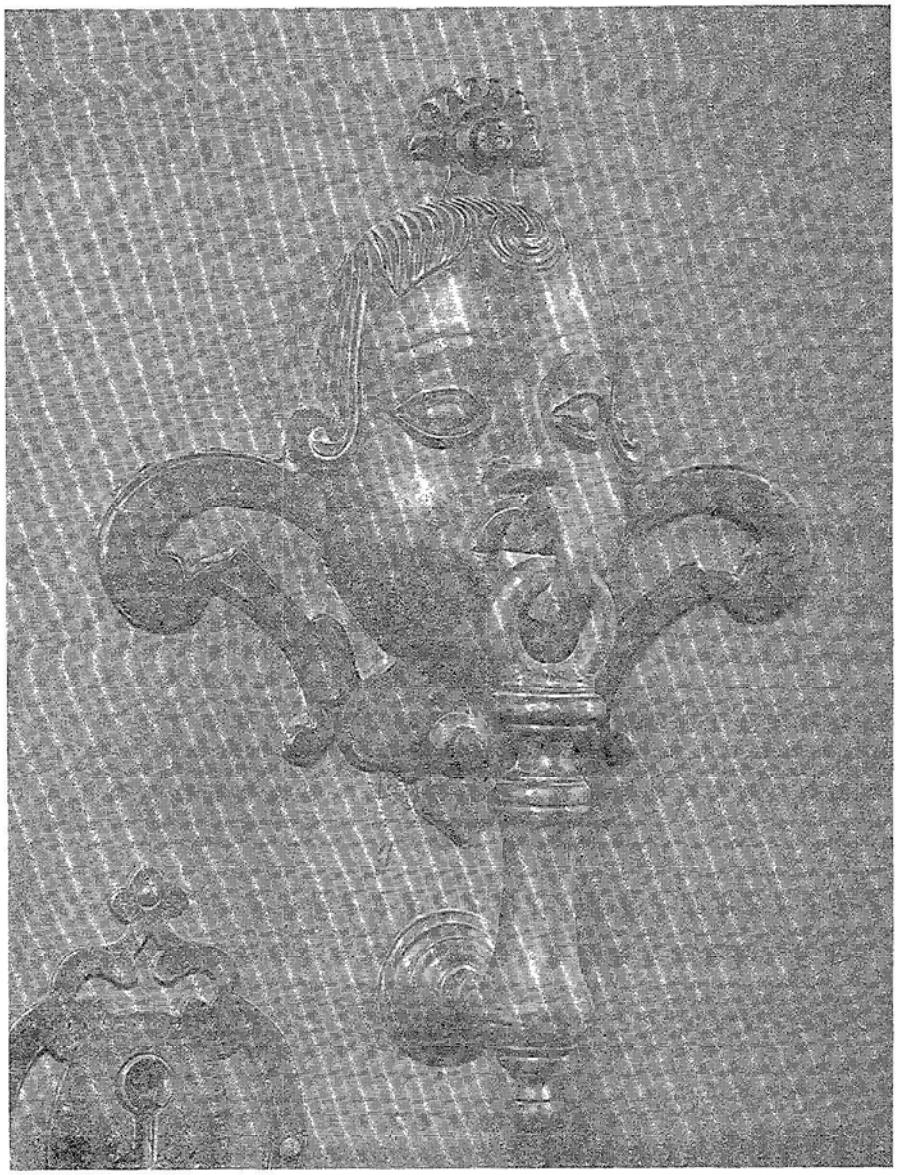
Manillas de gavetas. Cobre amarillo (segunda mitad del siglo XVIII). Colecciones de Eduardo París y Carlos F. Duarte.—*Caracas.*



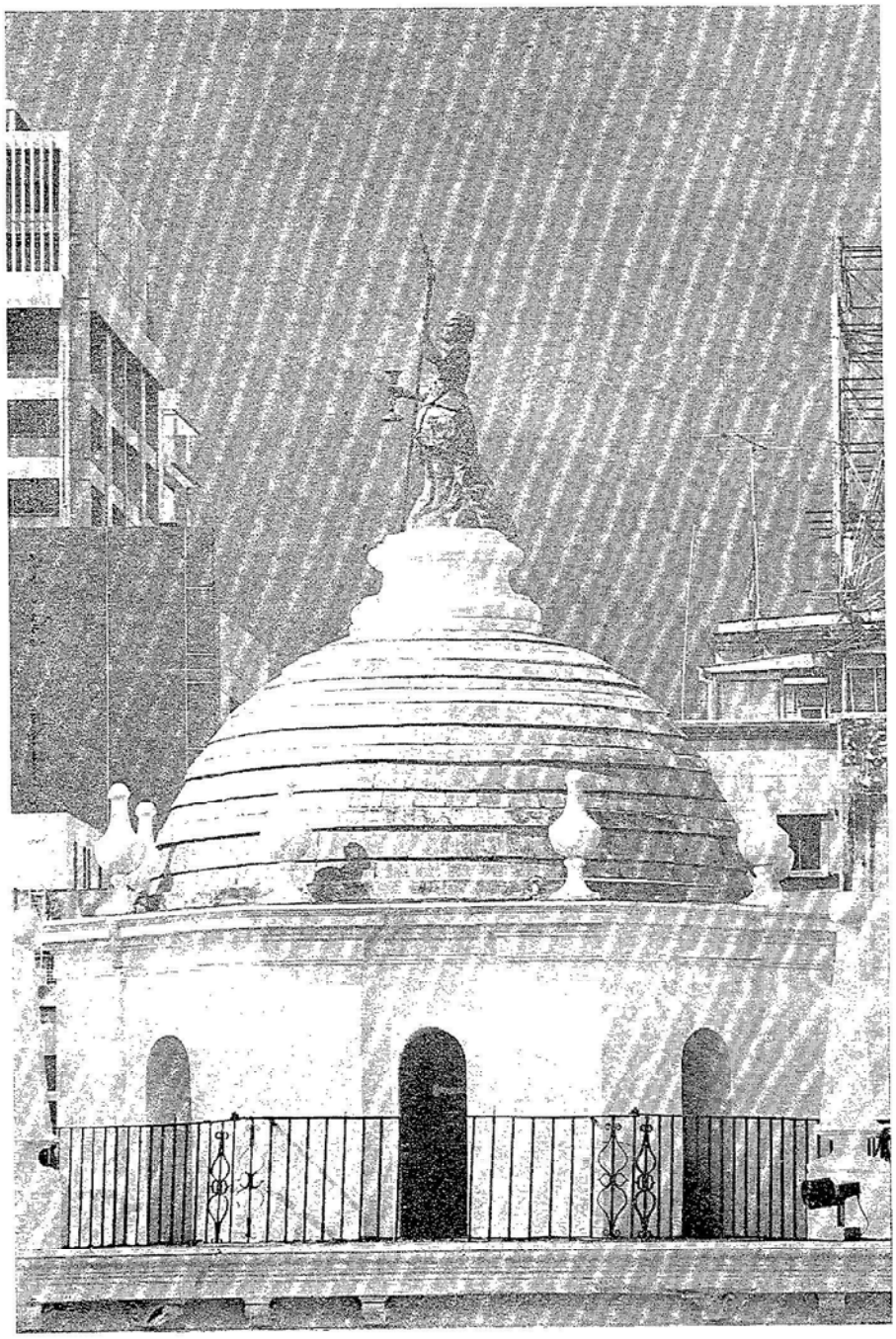
Cantonera inferior izquierda del portón principal de la Catedral de *Caracas*. Por Luis Antonio Toledo (1790).



Llamada del Portón de la nave de San Pedro de la Catedral de *Caracas*. Por Luis Antonio Toledo (segunda mitad del siglo XVIII).



Mascarón con llamador de bronce, fundido y cincelado. Modelo hecho posiblemente por Juan Pedro López y fundido por Luis Antonio Toledo (segunda mitad del siglo XVIII). Colección de la Asociación Venezolana de Amigos del Arte Colonial.—*Caracas.*



Estatua de la Fe que corona la Torre de la Catedral de *Caracas*. Por Luis Antonio Toledo, según modelo de barro de Juan Pedro López (1770).

además dos campanas y las ocho veletas. En septiembre de 1769 comenzó a hacer el vaciado de la estatua en dos partes. Con ayuda de un oficial y dos peones construyó con adobes un gran horno y en él, calentado con fuego de leña, efectuó la fundición por el método de la cera perdida. En la figura utilizó 99 arrobas, 11 libras de cobre, 5 arrobas de estaño y 5 arrobas de plomo. Fuera de estas cantidades agregó 2 arrobas y 17 libras de plomo para los ajustes de la «división de ella y un paño de cobre» y para tapar los defectos de la fundición. Luego contrató a otro oficial para que limara las asperezas. El herrero Juan Crisóstomo López le hizo una platina, unos barretones y «la vara de hierro para la cruz que tiene en una mano». El trabajo se concluyó en junio de 1770 y por él cobró Toledo 335 pesos a razón de 6 reales libra. Las veletas, «hechas a todo costo» y con cobre de chapa, costaron 32 pesos. Juan Pedro López pintó y doró la estatua, así como también doró y pintó las veletas, las muestras del reloj, las barandas de las cornisas [10] y las rejas de las campanas. Por su trabajo de pintura y dorado cobró 93 pesos 7 reales, incluyéndose en esta suma el costo de 22 libros de oro. Este pago lo recibió el 28 de septiembre de 1770, fecha que debe considerarse como la de su conclusión. En octubre se procedió a subirla a la torre con la ayuda de varios peones y juntas de bueyes que tiraban de gruesos cordeles acaso accionados por los mismos tornos y poleas que había hecho Rodríguez Olivera para la subida de materiales durante la reconstrucción de la torre. Aparentemente no hubo tropiezos en la subida de la estatuta pero en cambio un error de medida impidió subir «más arriba» la campana grande de Santa Ana que antes tocaba las horas del reloj [11] y que ahora se iba a colocar «dentro de cuatro pilares y su chapitel, descubierta a los cuatro vientos»; es decir justo debajo de la estatua. A causa de este problema se puso una campana pequeña provisionalmente y luego se mandó hacer una que fuera más mediana y de mejor sonido. Des-

[10] Hechas por el maestro herrero José Ignacio Rodríguez a un costo de 196 pesos, con hierro comprado en planchuelas, en la Factoría de la Guaira; AGN Iglesias, tomo XXI, fol. 89

[11] En 1758 el herrero José Antonio Olivares le compuso la lengua o badajo (ACE, leg 111, fol. 139) Más tarde, el 25 de febrero de 1766, el herrero Domingo del Socorro Herrera le volvió a hacer el badajo (AGN, Iglesias, tomo XXX, fol 28).

de aquel momento, la altiva Fe, con sus ojos vendados, orgullosa de su cáliz y de su cruz papal permaneció en el punto más alto de la ciudad hasta 1812. Con el violento sismo del 26 de marzo la torre se inclinó al Noroeste y se partió en su primer cuerpo de arriba a abajo y de Sur a Norte. Con el sacudimiento del 4 de abril volvió a su centro, pero fue necesario demolerla hasta la mitad. El maestro de albañilería Juan Agustín Herrera ejecutó el trabajo y como no había dinero para reconstruirla se limitó a cubrirla con una pequeña cúpula sobre la que volvió a colocar la famosa estatua a donde todavía se halla sin pintura y carcomida por el tiempo y la indiferencia humana. Su factura es de muy buena calidad, especialmente si se observan ciertos detalles como los de la cara, las manos y el adorno del escote del vestido. Su estilo revela indiscutiblemente la presencia de López como su autor.

Ahora bien el cobro del trabajo de Toledo fue motivo de un pleito que él inició en contra del mayordomo de la Catedral y el cual se ventiló en el Tribunal Eclesiástico. Su cuenta fue considerada como excesiva, especialmente la de las campanas. El mayordomo Juan Ignacio de Lecumberri se opuso a pagarle a 2 y medio reales por la fundición de cada libra de las campanas, dándole sólo 2 reales por cada una «como las fundiciones de José Rodríguez Olivera». El mayordomo le acusó por incluir los 20 pesos de Juan Pedro López, «por los días que trabajó de escultura en dicha figura (esto es hacer un molde de ella en barro)», declarando que él ya se los había pagado. A causa de este pleito algunos pagos se hicieron en fecha tardía y por ello es que el maestro volvió a entregar cuenta dos años más tarde. Al momento de su fallecimiento en 1798 la Catedral aún le debía 600 pesos de este trabajo. Por esto, en su testamento pedía que después de su muerte se instara al nuevo mayormodo hasta conseguir su cancelación.

Entre 1771 y 1772 Toledo recibió diversos encargos del mayordomo de la iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria. Uno fue hacer una campana de 20 arrobas por la que cobró 94 pesos 5 y medio reales. Asimismo le vendió una campana más pequeña de 8 arrobas; ambas para ser colocadas en la torre. Luego compuso el hierro de hacer hostias. En 1772 entregó doce blandones de cobre que pesaron 3 arrobas y 9 libras y a un costo de 18 pesos, y el mismo día entregó un juego de quicialeras para las puertas del camposanto. Todos

estos trabajos demuestran la versatilidad del artesano y su nexo con la iglesia a donde había casado y a donde habían sido bautizados sus hijos. Por cierto que uno de ellos fue apadrinado por el célebre don Bartolomé Blandain y lo cual indica que este personaje era amigo de la familia Toledo.

Para la iglesia de San Mauricio fundió una campana de nuevo, por 117 pesos, en 1787. A pesar de su pleito con la Catedral, su contacto con esta institución continuó y para ella hizo una llave de agua que era para una de las casas de la contaduría. El mismo cabildo eclesiástico le mandó a reconocer la campana de Nuestra Señora de la Concepción, la cual encontró quebrada e inútil, recomendando se volviera a fundir. Seguramente no quiso encargarse de esto quizá por sus ocupaciones o quizá por causa del pleito. Lo cierto es que la campana le fue encargada a su cuñado Domingo Ubaldo Pérez. A decir verdad Toledo estaba haciendo varios trabajos para la iglesia de Nuestra Señora de la Caridad, anexa al hospital de mujeres. En octubre de 1789 entregó 144 clavos de bronce para las puertas y 6 campanillas para la rueda que se puso en el presbiterio. Luego le siguió el encargo de tres campanas grandes que entregó el 21 de marzo siguiente.

En un legajo de cuentas que se encuentra en el archivo catedralicio, existe un recibo fechado el 5 de julio de 1790 y el cual está titulado: «Entrega del herraje de metal amarillo que hago yo Luis Toledo Maestro Fundidor, para las puertas de la fábrica de la Santa Yglesia Catedral». Este documento es de suma importancia por enumerarse allí todos los componentes del adorno de un portón. Por las piezas nombradas en él, se deduce que eran tres las puertas que los llevaban: un portón principal con 152 clavos grandes, cuatro cantoneras, dos mascarones con dos llamadores, dos bocallaves en forma de águilas bicéfalas y las quicialeras; y dos portones menores que llevaban cada uno 88 clavos medianos, dos llamadores medianos con botones y dos bocallaves iguales a los anteriores. La obra de madera la estaba haciendo el maestro carpintero Juan José Carrillo, el cual en diciembre pidió que se hicieran más clavos medianos para completar los de los portones menores. Ahora bien es obvio que ese portón mayor estaba destinado a la fachada principal de la Catedral y que los dos menores iban a la fachada lateral del

lado Norte [12]. Es de pensarse que el viejo portón principal de la Catedral debe haber sufrido una modificación posterior puesto que en él se hallan hoy 278 clavos, aunque también es posible que Toledo hubiese hecho una entrega previa de 121 clavos. En todo caso el portón actual ostenta cuatro cantoneras que bien pueden ser las mismas que entregó el maestro en aquella oportunidad. Los mascarones y las bocallaves en cambio han desaparecido a pesar de haberlas tenido.

En enero se colocó otra campana suya, «la que linda para el Sur»; la cual había rehecho por haberse quebrado. Para subirla fue necesario emplear dieciséis peones y una junta de bueyes. Aparte de estos trabajos también hizo algunos arreglos como los de un quitasol de la cofradía de San Pedro o de una vasija de cobre de la misma Catedral.

En el Museo de Arte Colonial de Caracas existe una campana que tiene la siguiente inscripción: «TOLEDO ME HIZO AÑO DE 1797». Esta, junto con otra también firmada y fechada en 1799, estuvieron a la venta en una casa de antigüedades de Caracas. Claramente la primera fase fue hecha por el propio maestro, pero la segunda la terminarían los oficiales de su taller y con la ayuda de su hijo José quien contaba entonces dieciséis años de edad. Toledo había fallecido el 17 de abril de 1798. Un mes antes había otorgado su testamento. Su entierro se realizó en la iglesia de Nuestra Señora de Candelaria [13]. Su hijo José lo sucedió en el taller. Fuera de haber tomado parte activa en la organización del gremio y en la vida política del país, de él sólo se tiene el recibo de la hechura de una campana para el Seminario, en 1806.

DOMINGO UBALDO PÉREZ

Domingo Ubaldo Pérez nació en Caracas y fue hijo legítimo de don Francisco Juan Pérez y de doña María Ignacia Carpio. Desde

[12] Estos portones laterales desaparecieron en 1932 durante una anacrónica reforma del templo.

[13] Su hijo Luis fue enterrado a su lado en 1804 y en su partida se anotó que su entierro se realizó con oficios especiales, «todo de gracia por haber sido el referido difunto y todos sus antepasados bienhechores de esta iglesia».

joven prestó servicio a la iglesia de la Candelaria como monaguillo y también en la catedral. En 1763 contrajo matrimonio en aquella misma iglesia de la Candelaria con doña Ana Rita Hernández, hija legítima de don Juan Hernández Grillo y de doña Ana Estéfana Cuchilla. Todos seguramente descendientes de isleños. De esa unión hubo 11 hijos, de los que sobrevivieron nueve. Su casa, como se sabe, al lado de su cuñado Luis Antonio Toledo, en la calle real de Candelaria. En su trabajo se destacó, como sus colegas, en la fabricación de campanas. En 1773 hizo una para la iglesia del pueblo de Macarao, más tarde hizo otra aunque más pequeña para la sacristía interior del convento de Carmelitas descalzas de Caracas. En 1789, como ya se vio, hizo la campana de Nuestra Señora de la Concepción de la Catedral. Pero quizá su obra más importante fue el escudo con «las armas reales de la corona» que se le mandó hacer para poner sobre la puerta principal de la misma Catedral. El encargo se originó por una petición que hizo al Rey el tesorero de la misma y a la Real Cédula que le siguió el 14 de diciembre de 1789, ordenando su colocación. En octubre siguiente el Cabildo Eclesiástico en acatamiento a esa orden determinó hacerlo de cobre «para su perpetuidad». Seguidamente se mandó a llamar a Pérez y a Toledo para que cada uno elaborara un presupuesto. De los dos estimados, el de Pérez resultó de menor costo, «así de manos como de material con mucha diferencia», y además se comprometía a «evacuar la obra con toda perfección». A pesar de que su presupuesto excedía los 100 pesos, se le nombró para ejecutarlo. Años más tarde ese escudo desapareció al ser fundido durante la guerra de Independencia.

La situación económica de la familia Pérez fue mejorando con el tiempo y por varias circunstancias ajenas al trabajo del artesano. Su mujer, por ejemplo, heredó una casa de su tío don Vicente Hernández Grillo. Luego a él le tocaron otras propiedades como heredero de doña Juana María González. Junto con su hermano Francisco, Domingo Ubaldo era propietario de la mitad de «un sitio de media legua» en el pueblo de Chaguaramal. A este mismo hermano había ayudado dándole dos muletos y pagándole 6 pesos para una fiesta de Nuestra Señora de los Desamparados [14]. En 1792 este her-

[14] De esa virgen la familia Pérez era muy devota. Todos los hijos de

mano se vino de Chaguaramal a Caracas por estar enfermo, y se instaló en casa de su cuñado Toledo. Su hermana doña María del Rosario lo cuidó con tanto afán que en reconocimiento a esto declaró en su testamento que le dieran de sus bienes lo que ella pidiere. Después de su muerte, en 1794, Domingo vendió la mitad de aquellas tierras que tenía en sociedad con su hermano.

Una última noticia sobre su trabajo la proporciona un interesante recibo fechado en 1795 por el que recibió 13 pesos 4 reales por seis candeleros que hizo para la sala y habitaciones de los colegiales del Seminario y por la composición de las tres arañas del refectorio.

Para este momento Pérez había enviudado y vivía con sus hijos en la casa contigua a la de su cuñado. Se desconoce cuáles fueron sus últimos días.

Contemporáneos de Rodríguez, Toledo y Pérez fue el maestro Juan Bautista Olloquiz, quien hizo unas quicialeras para la puerta de entrada del cementerio de la Catedral.

Otras familias

A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX se destacaron dos familias de fundidores. Los Toro, de origen isleño, se habían establecido en otro lugar de la ciudad, en el barrio de San Pablo, pero guardaban muchos nexos con la feligresía de la Candelaria. Originalmente el maestro don Domingo del Toro había vivido allí y había casado con una vecina de la parroquia. Su hijo, don Luis del Toro también casó allí. Los hermanos Agustín y Narciso Toro quizá eran parientes de los anteriores y eran hijos de don Antonio Rosa Toro y de doña María de León. Ambos trabajaban en la Candelaria siendo Narciso un aprendiz. De todos ellos es muy poco lo que se conoce. Se sabe que don Luis del Toro hizo «una máscara con su conducto de cobre y una plancha de plomo para el tanque y cañería del hospital de Nuestra Señora de la Caridad» en 1796.

Domingo Ubaldo llevaban el nombre de los Desamparados en segundo lugar El retablo con su imagen original se conservaban a principios de siglo en la iglesia. Hoy sólo está el retablo

Los Zerpa, que trabajaron en este oficio, cerca del Cuartel. En el taller de don Fernando trabajaban sus dos hijos: Manuel y José. Es muy curioso que don José Toledo cuando hizo la lista de maestros oficiales y aprendices de fundidores en Caracas no los incluyera y esto quizá indica que para ese momento ya no estaban en la ciudad.

Don Jacinto González fue el último sobreviviente de esta artesanía. Fue un importante fundidor, el cual hizo unos trabajos para la Catedral entre 1823 y 1826. Su taller estaba ubicado en el barrio de San Pablo.

En general la fundición en Venezuela ocupó un lugar menor dentro del panorama de las otras artesanías locales. Sin embargo, esto se debió a la escasez de personas especializadas en este campo pero no por ello dejaron de producirse buenas piezas de cobre o bronce que se destacan por su buena calidad.